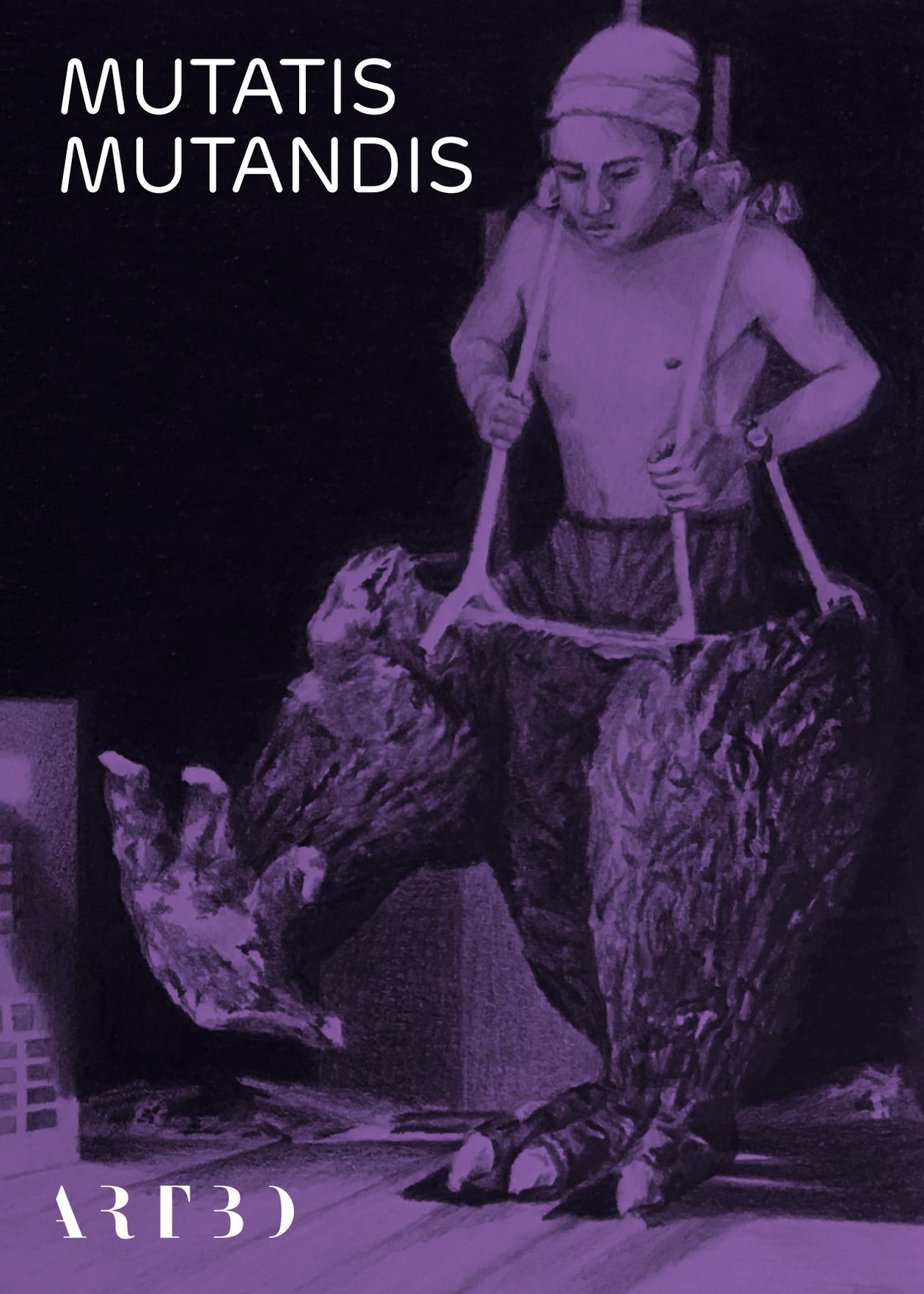


MUTATIS MUTANDIS



ART3D

MUTATIS MUTANDIS (PASADO)

Juan Mejía

OSBOURNE: *We're going through changes...*

BOWIE: *Ch-ch-ch-changes / turn and face the strange / ch-ch-changes...*

ANDERSON: *Change changing places / root yourself to the ground /*

capitalize on this good fortune / one word can bring you round / changes...

SIMON: *After changes upon changes / we are more or less the same...*

En el principio fue la oscuridad, el verbo, el caos y todas esas cosas. Luego, en su orden, la eternidad, la dialéctica hegeliana, el eterno retorno y la física cuántica. Esa es la historia que, a su vez y a su modo, va también cambiando.

Las detalladas investigaciones realizadas en los ricos yacimientos de fósiles de Burgess Shale en Canadá y Chengjiang en China muestran que la biodiversidad marina alcanzó los niveles modernos desde hace más de 540 millones de años, hacia finales del supereón Precámbrico. Esto contradice la antigua idea de un «árbol de la evolución» que empezaba con unas pocas formas de vida que se iban diversificando gradualmente en términos de especies y número hasta llegar a los días actuales, idea defendida por el biólogo alemán Ernst Haeckel (1814-1919), que no refleja exactamente la realidad. (Parker)

Mutatis mutandis es una expresión latina que significa «cambiando lo que haya que cambiar», y se dice cuando uno usa un ejemplo, un precedente, para establecer una analogía o una metáfora con algo que puede ser en esencia lo mismo que aquello que ilustra, pero donde han de sustituirse los detalles o las formas. Además de la sonoridad de la expresión, nos interesa el sentido potencial de cambio y transformación que sugiere. Estos son conceptos que atraviesan el conjunto de propuestas en nuestra exposición. ¿Qué sería esa esencia, acaso, si no es la misma posibilidad de sustitución, la misma facultad del cambio?

La evolución es cambio, pero no cualquier cambio. Es una transformación gradual, progresiva y, diríamos, natural, en oposición a una de carácter abrupto o violento. En este caso hablaríamos de revolución. *Fuck the revolution*, decía una camiseta, *bring on the apocalypse!* (y tenía una calavera con pelo largo y boina en vez del Che Guevara).

Evolucionan los Estados, las circunstancias, las ideas, además de las especies. Evolucionan los grupos musicales y los pokémones. La acción de evolucionar está vinculada a los cambios de estado y a un despliegue o desenvolvimiento,

y su resultado es un nuevo aspecto del elemento en cuestión.

De la variación y adaptación depende la supervivencia; si las circunstancias van cambiando, es apenas natural. Los primeros evolucionistas (Lamarck & Cía.) afirmaban que el motor del cambio de las especies era el deseo de cambio (Besoin), lo cual le confiere al proceso una dimensión estética inconmensurable. Darwin, en cambio, se lo atribuyó a los procesos de adaptación y selección natural, que encontraron sustento en las investigaciones de Mendel sobre la genética y las mutaciones a nivel cromosómico, aunque mucho más adelante.

El positivismo de vuelta de siglo acoge la evolución como teoría general de la realidad natural, manifestación de una realidad —metafísica o sobrenatural— infinita e ignota. Su punto de partida es la doctrina biológica de la evolución orgánica, condicionada por el presupuesto romántico de que lo finito es manifestación o revelación de lo infinito. Esta perspectiva niega categóricamente las causas o los efectos finales como propósito discursivo, es decir, elimina el matiz teleológico que tiene en su origen la teoría de la evolución, fácilmente asimilable al progreso natural.

Sea como sea, la filosofía de Comte nos interesa en el contexto presente de la relación entre positivismo y desarrollo científico sólo en la medida en que representa una forma bien delineada del cientifismo moderno, por lo demás contemporáneo de las teorías de Darwin. Según Comte, todo desarrollo en la sociedad humana depende, en última instancia, del desarrollo científico. La

historia de la ciencia es el núcleo de la historia general de la especie humana. No puede comprenderse bien el sentido de la historia universal si antes no se ha clarificado la evolución de las formas de conocimiento empírico.

Esta evolución sigue tres estadios: el *teológico*, el *metafísico* y el *positivo*. Toda ciencia, y por tanto también toda sociedad, debe atravesar estos tres estadios. Las diferencias entre los estadios vienen determinadas por el modo diverso como el hombre concibe el mundo. En el estadio *teológico* el hombre intenta explicar los fenómenos naturales suponiéndolos efecto de la voluntad de espíritus o fuerzas sobrenaturales. En el estadio *metafísico* se interpretan los fenómenos como efectos de fuerzas o entidades abstractas, ya no más personificadas. En el estadio *positivo*, que es el de una ciencia o de una sociedad maduras, se describen y predicen con toda exactitud los fenómenos mediante leyes naturales sin buscar explicaciones casuales «tras» los fenómenos; las leyes naturales son el producto exclusivamente de la observación y de la reflexión racional. (Moulines)

Pero los procesos de evolución orgánica están inconmensurablemente dilatados en el tiempo. Desde la aparición de las primeras células eucariotas, que sentaron las bases para la evolución de organismos más complejos, ¿cuánto tiempo tuvo que transcurrir para que las ballenas ancestrales volvieran al mar y perdieran sus extremidades posteriores?, ¿cuánto tardaron los dinosaurios en devenir aves y convertir en plumas sus escamas?, son historias casi de fantasía.

Es difícil acceder al proceso mismo de evolución, no hay sino pistas, fósiles, espectros (quizás es por esto también que suscita tanta incredulidad y resistencia entre los creacionistas). Ciertamente los pelos nos recuerdan lo animal, sobre todo lo mamífero, tal vez por eso nos atraen y nos repelen al mismo tiempo. Pero es frecuente asimismo que escamas, huesos, uñas y plumas causen impresión y asco, sea por extrañeza o por un temor inconsciente a reconocernos en ellos. Si todo el proyecto cultural humano puede ser visto como un intento por escapar completamente del orden de las criaturas, ese recuerdo insospechado de la base de nuestra existencia puede resultar traumático, o demasiado revelador.

Para asistir al espectáculo de la evolución se hace necesaria entonces su representación, su museificación (*la imposibilidad física de la fijación en el cuerpo de un mutante...*); se mira con cuidado, pero a través de un vidrio, de un dibujo o de una pantalla.

En este caso la evolución animal, biológica, sería una metáfora de otros tipos de cambios asimilables a la cultura, a la humanidad, a nuestra percepción y a nuestra concepción de los tiempos pasado, presente y futuro. Quisiéramos proponer la noción misma de pasado como algo que está vivo y en permanente transformación, y no como algo muerto y petrificado, a pesar de las evidencias. La evolución sería un estado

esencial, fundamental, de suspensión entre posibles estados definitivos, donde tienen cabida la incertidumbre, el error, la monstruosidad y el fracaso en la misma medida que el éxito, la adecuación, la supervivencia y la estabilidad.

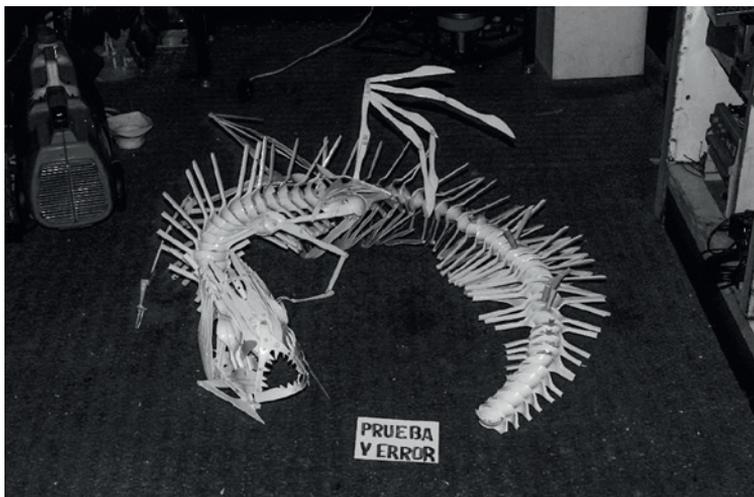
De las entrañas de la incertidumbre, de aquello que no se puede catalogar, sale el temible monstruo, cuya vía es todavía nueva, por muy transitada que haya sido. «Y esta vez más ingeniosa que el hombre, la naturaleza ha creado, sin embargo, a los verdaderos monstruos, no entre el «ganado mayor», sino en «el infinitamente pequeño», en el mundo de los animálculos, de los infusorios y de las larvas de las que el microscopio nos revela el soberano horror [...] Parece, en efecto, que nada pueda igualar la angustia y el espanto que expanden las pululaciones de estas tribus atroces. La idea del monstruo que ha hecho quizás nacer en el hombre unas visiones dadas a luz por noches de pesadilla, no ha podido inventar formas más espantosas». (Huysmans)

El monstruo muestra y se muestra, evidentemente, es espectáculo. Se define por la norma, en razón de la otredad. Pero es asimismo aquello de lo cual no podemos precisar los límites, razón por la cual produce pánico.

Y como no se puede catalogar, recurrimos al mito, al entrañable mito, para darle un nombre.



Gabriel Antolinez
Pelo blanco, 2013
Piel de conejo, porcelana fría, hilo
y soporte de aluminio
60 x 30 x 15 cm aprox.



Carlos Bonil
Prueba y error, 2017
Ensamblaje y cubiertos de plástico
80 x 100 x 100 cm



we headed to the forest with a question: does a Japanese dwarf wear a kimono?

François Bucher
Regina Totori, 2012
Video
6'42"



Juan Cárdenas
Estudio, Caras de perfil, 2014
Grafito sobre papel
39 x 35,5 cm



Miguel Cárdenas
Arqueologías del futuro, 2016
Técnica mixta
Dimensiones variables
(Fotografía cortesía LIBERIA)



Leonel Castañeda
Sin título, 2016
Instalación, taxidermia, piles, huesos de animales y vitrinas
Dimensiones variables
(Fotografía: Carlos Villalón)



Carlos Castro
El Hijo de Dios, 2013
Esqueleto humano y animal
110 x 120 x 80 cm



José Covo
De la serie *No tengo hambre*, 2012
Esmalte sobre MDF
91 x 81,5 cm



Carolina Charry

Blua, 2017

Video

22'



Tahuanty Jacanamijoy

Sueño Lúcido, 2014

Video HD (1920x1080), animación en *stop motion* (carboncillo sobre papel)

12'27"



María Margarita Jiménez

La Niña, 2016

Tinta y acuarela sobre papel

150 x 70 cm



Humberto Junca

Selección natural, 2012

Bolígrafo sobre pupitre



Ana María Millán

El pez que evoluciona, 2001

Video e impresión digital

Dimensiones variables



Camilo Pachón

Cerditos Chaplin (Galapa, Atlántico) de la serie *Manadas*, 2016

Fotografía

66 x 96 cm



Fabio Melecio Palacios
Pigmeo pigmentado, 2017
Combustible crudo de Castilla sobre papel
propalcote
100 x 70 cm



Leonardo Ramos
Canis lupus lycaon, 2017
Cráneo de lobo y panal de abejas
160 x 60 x 60 cm



Sandra Rengifo

Los lirios del campo y las aves del cielo (Lilien paa marken og fuglen under himlen 'Sort Sol'), 2016

Circuito cerrado de televisión, escultura, paisaje sonoro



José Alejandro Restrepo

Lilith, 2003

Video

5'38"



Luisa Roa

Cosas que crecen, 2017

Acrílico y tinta sobre papel

127 x 97 cm



Juan Guillermo Tamayo
Make It to Break It, 2017
Lápiz sobre papel
25 x 35 cm



Sergio Vélez
Neandertal la mujer moderna, 2015
Video y objetos varios
Dimensiones variables

CICLO PRISMA

—

MUTATIS MUTANDIS

—

CURADURÍA: JUAN MEJÍA

—

SALA DE EXPOSICIONES

CÁMARA DE COMERCIO DE BOGOTÁ

SEDE CHAPINERO

—

17 DE AGOSTO AL 7 DE OCTUBRE DE 2017



Un programa de

 Cámara
de Comercio
de Bogotá